KARASU キッズ Kids

1 CAOS EN HOKKAIDO

IDEA ORIGINAL:
AUREN

TEXTO:
AYMERIC JEANSON

ILUSTRACIONES:
AUREN

LAROUSSE


Rusia
Mongolia
China
India
Japón
WAKKANAI
RUMOI
SAPPORO
MURORAN
SETANA
HAKODATE
KARASU
キッズ
Kids


MONBETSU
ABASHIRI
NEMURO
OBIHIRO
LA ISLA DE HOKKAIDO
北海道島

Hokkaido es una isla situada al norte del archipiélago japonés. En una pequeña aldea frente al mar y rodeada de campos se encuentra la escuela primaria del Cerezo Blanco, donde acude una multitud de alumnos que se lo pasan en grande.



PLAYA DE MURORAN
室蘭市のビーチ


TAKESHI (TAKE)
たけし
YASUO
やすお
チョキ
チョキ
KARASU
カラス
キッズ
Kids


¡PAF!
¡JA, JA, JA!

CAPÍTULO 1



UNA PRIMAVERA CASI PERFECTA

Aunque aún estemos en abril, el sol de media mañana ya calienta en el patio de la escuela. Sin embargo, esa no es la razón por la que en el patio hay un niño que está sudando y tiene un mechón de su pelo verde pegado a la frente. Por encima de él, los rayos de sol atraviesan el cerezo en flor, que proyecta una sombra que parece de encaje.

–¡Buenas noticias, pueblerino: tu sangre es muy roja!

Con un gesto instintivo, el alumno se seca la nariz hinchada y permanece hecho un ovillo.

A veinte metros de allí, Hina ha dejado de prestar atención a la alegre charla de sus amigas. Apretando sus pequeños puños, observa la escena que se desarrolla oculta a la mirada de los profesores, detrás del comedor. Como suele pasar, los mismos tres cretinos se ceban con su víctima preferida. Son del grupo de los mayores, de un curso superior a Hina. Y a Yasuo, porque, aunque no conozca bien a ese muchacho un tanto extraño, son de la misma clase.

El cabecilla, Nobuo, ríe mientras prueba con la suela del zapato la resistencia de su víctima, que sigue en el suelo. Hina se estremece. A pesar de su talla minúscula y de ser un año menor, la injusticia la horroriza tanto que tiene que contenerse para no… A su alrededor, las risas parecen gorjeos de pájaros, unos pájaros incapaces de abrir los ojos para ver lo que los rodea, y a los que, a decir verdad, no la une una amistad auténtica. Sin embargo, intenta razonar:

no es la primera vez que asiste a una escena como esa desde el inicio del curso. ¿Por qué tendría que intervenir hoy? ¡Y encima son tres! Es peligroso. Además, ese Yasuo es tan… ¡raro!

Hina no encuentra respuesta a esas preguntas. No importa. Ya está decidido. Tras dirigir una vaga sonrisa de excusa a sus amigas, les da la espalda y cruza la explanada iluminada que la separa del comedor.

–¿Qué le pasa a la *kokeshi*[1]? ¿Se le ha perdido el peine?

El insulto hace enrojecer ligeramente a Hina. Sabe que a su madre y sus hermanas les encanta peinarla un poco como a una muñeca… Pero eso no es suficiente para hacer que se marche.

–¿Y tú qué? ¿Tienes dos años más que yo y ya te crees un *sensei*?[2]

Apenas acaba de pronunciar esas palabras, se da cuenta de la situación: ¡es demasiado pequeña en

1. *Kokeshi:* muñeca tradicional japonesa.
2. *Sensei:* maestro, sabio.



comparación con esa especie de búfalo! La cara de su interlocutor se recorta entre el follaje. Pero ella no aparta de él sus pupilas negras… y por lo visto funciona.

–Eh… Yo… Pero, a ver, ¿es que nadie te ha enseñado que hay que respetar a los…?

–¿Respetarlos igual que respetas tú a Yasuo? ¿Es eso? –lo interrumpe.

Un destello brilla en el ojo del grandullón de la

cabeza rapada, y sus labios agrietados se estiran en una fina sonrisa.

–¡Ah! ¿Has venido a salvar al gnomo? ¡Ya se podría haber quedado en su campo!

–¿Y qué pasa? ¿Si su familia ha venido hace poco a Muroran, a ti qué te importa? ¿Es que tú eres un habitante de Hokkaido de pura cepa?

–¡Para ya con tus preguntas insolentes! Ese crío raro nos insultó el primer día de clase, y…

–¿Que os insultó? ¿Y no te parece curioso que eligiera precisamente a los mayores de la escuela?

Por poco no se le escapa «y los más tontos». El chico reprime un gesto de fastidio.

–Pierdes el tiempo defendiendo a ese pueblerino. Además, con esos pelos que lleva…

–Yo en tu lugar evitaría ese tema. Porque él por lo menos tiene. ¡Chúpate esa!



Por encima de ellos, en lo alto, vuela una gaviota en el firma-

mento. El grandullón, con la boca abierta, busca una respuesta que no acude a sus labios. Hina levanta la barbilla, le da la espalda y se dirige a Yasuo, que sigue en el suelo.

–¿Estás bien?

Sus ojos con reflejos amarillos apenas la miran un instante.

–Me recuperaré –gruñe con voz ronca.

Solo los músculos de sus mandíbulas se contraen cuando, ágilmente, se pone de pie. Debe de estar acostumbrado a los golpes.

–¡Eh! ¿Pero dónde te crees que estás?

La voz suena detrás de ellos cortando el silencio como la hoja de un cuchillo, segura de su fuerza. Es Nobuo, el líder de los tres y el más fuerte. Hina mira con rapidez a su alrededor como buscando ayuda, porque el círculo de los tres mayores se ha cerrado en torno a ellos, que siguen ocultos tras el ángulo muerto del comedor… Instintivamente, los pequeños se han puesto espalda contra espalda. Es

la mejor forma de enfrentarse a una jauría rabiosa. Hina recuerda haberlo leído en alguna parte.

De repente, las fieras pasan al ataque. El niño del pelo verde recibe una bofetada que dejaría fuera de combate a un oso, y el brazo de uno de los gorilas agarra a la niña por el cuello… y la levanta aparentemente sin esfuerzo. Sus pies no tocan el suelo. Furiosa, patalea con desesperación, sin provocar otra cosa que risas burlonas. Al cabo de un instante, es Nobuo quien la empuja contra la pared del comedor.

–¿Qué pasa, *kokeshi*? ¿Te ha comido la lengua el gato?

Hina contiene las lágrimas de rabia, impotente. Se siente como un insecto clavado en la pared, no puede hacer nada para salir de ahí… y aún menos para ayudar a su compañero. Y pensar que había planeado… ya no sabe qué. Nobuo, con una gran sonrisa, levanta tranquilamente la mano para dejarla caer sobre ella…

De pronto, la melodía que indica el fin del recreo interrumpe ese gesto. Enseguida, como si hubiese recuperado los ánimos, Yasuo empieza a gruñir, a arañar, a morder… Sus adversarios retroceden con el ceño fruncido, seguramente decepcionados de que el combate termine tan pronto, al menos de manera provisional.

–Nos vemos pronto, gnomo.

Sus dos compañeros ya se han girado, pero Nobuo dirige un guiño malvado a Hina mientras vuelve a dejarla en el suelo.

–Y tú también, *kokeshi.* ¡Ahora estás metida en el juego!

Hina le saca la lengua, pero su actitud es menos desafiante. Ha pasado miedo. Se limita a intentar alisarse el uniforme.

–¡Date prisa, Yasuo! ¡Vamos a llegar tarde!

No hay respuesta. Entonces se da cuenta, con gran sorpresa, de que está sola detrás del comedor. El niño del pelo verde ha desaparecido.